

Testimonio de Gerardo Mateo Balsys



Fecha de nacimiento: 25/1/81

Estado civil: Soltero

Hijos: No tiene.

Lugar de nacimiento: Capital Federal.

Jerarquía: Oficial Ayudante.

Síntesis del hecho: Mientras patrullaba la jurisdicción de Remedios de Escalada, fue interceptado por dos delincuentes que intentaron asaltarlo. Como consecuencia de la persecución, recibió dos disparos en ambas piernas.

Lesiones: Amputación del tercio inferior de la pierna derecha.

“Uno quiere ser policía pero no sabe qué significa hasta que ingresa”

En diciembre del 2001 la Policía lo premió por su valor.

Ahora su desafío es ser fiscal.

Gerardo Mateo Balsys acepta resumir pasajes de su vida confiado y agradecido. Por más que no esté seguro de ser un héroe, tiene deseos de que su historia personal se conozca. Camina con un bastón en la mano derecha, y tomándolo del hombro izquierdo lo acompaña su hermano Fabián, diez años mayor y también policía.

Cursaba la secundaria en el Liceo Policial y a metros nomás “el mayor” estudiaba en la Escuela de Policía. Y cuando alguna duda se le cruzó por la cabeza con respecto a su futuro, más que nada por miedo a dejar en el camino las cosas propias de un adolescente, Fabián le aclaró el panorama escapando de la Escuela para entregarle una carta. A esas palabras las acompañó con una ramita arrancada del árbol de cristal, como signo de apoyo y voluntad.

No me gusta que me llamen Gerardo, nadie me dice así... Prefiero Mateo, nombre que recibí por mi abuelo Matas, un lituano que vino a vivir a la Argentina, padre de mi papá

Tengo cuatro hermanos varones. Javier, el mayor, está casado y es licenciado en electromedicina; Fabián, diez años mayor y policía; y Jorgito, que es plomero y trabaja con papá.

Javier es el más serio y cerrado de todos. El más correcto. Fue catequista y jugó al rugby, el único al que le gustaba el deporte. Jorge también está casado y durante la infancia fue el más compinche mío.

Nació el 25 de enero de 1981 y junto a sus padres, Bernardo, “El Gordo”, y Emiliana, Mateo vive en una casa construida por su abuelo en Villa Diamante... En el barrio, la casa de dos plantas es conocida como “la comisaría”. Obviamente, por la profesión del dueño y dos de sus hijos.

Mi papá es policía de la Federal. Se retiró hace seis años, cuando entré en el Liceo y sintió que quería disfrutarme. El no andaba uniformado; trabajaba de civil, como chofer, y en Investigaciones. Fue el primer policía de la familia.

Mi mamá fue siempre ama de casa... También, con cuatro varones, y tan rebeldes, no le quedaban muchas opciones. Le quedaron las ganas de tener una nena... Siempre estuvo esperando una Candela. Y como Candela no vino, ahora quien le de una nieta está obligado a ponerle Candela.

El colegio primario lo hizo en el Instituto Nueva Pompeya, de la Iglesia de Pompeya, y el destino quiso que se encontrara con el Liceo Policial, donde cursó el secundario... Había acompañado a su hermano Fabián a la Escuela Vucetich, donde iba a anotarse. Así conoció el lugar donde pasaría los siguientes años de su adolescencia.

De chico me gustaba disfrazarme de policía con la ropa de mi papá. Me ponía la escopeta y la gorra, y si me preguntaban qué iba a ser de grande, yo contestaba en mi media lengua “comisario”.

Con Fabián hicimos la carrera juntos; él en la Escuela y yo en el Liceo. Si bien era distinto, habían muchas cosas en común. Lo que era nuevo, era nuevo para los dos.

No estudiaba tanto porque me resultaba fácil. Me gustaba mucho biología, derecho... También me gustaba matemáticas, materia que me llevó a competir en los Torneos Juveniles Bonaerenses... A geografía la detestaba.

En el Liceo conoció a sus mejores amigos, y de ellos conserva los mejores recuerdos.

Aquí conocí a mi mejor amigo: Andrés Escalante. No pudo seguir la carrera por medio centímetro. Medía 1,59 y medio centímetros y no la pudo pelear. Ahora está estudiando Criminalística. Tiene las mejores condiciones para ser un buen policía.

Otro de mis grandes amigos fue Pablo González, a quien después encontré en mi último destino. Mi papá, que se había comprado una camioneta, los domingos a la tarde nos llevaba a los dos juntos al Liceo.

Los miércoles era el día de visita. Mi familia venía en la camioneta y traía de todo para comer. Colocábamos una mesita y comíamos a morir lo que mamá se había matado cocinando. Lo que habíamos adelgazado por la milonga que nos daban, lo recuperábamos en una hora.

A Mateo lo había atrapado el uniforme y la idea de desfilarse con él. Era un verdadero orgullo.

Lo que más me gustaba era el uniforme y representar al Liceo en los desfiles. Era lindo que, al llegar el viernes, saliéramos con el uniforme y que la gente nos viera así vestidos.

Uno dice que quiere ser policía pero no sabe qué significa hasta que ingresa. En el Liceo dudé un montón de veces, pero no por mi vocación, sino porque era chico y extrañaba la joda.

Todo esto lo hablaba con mi amigo Andrés. Después me puse a pensar en el futuro y, a partir de ahí, no fue un sacrificio ir a estudiar. Fue un gusto.

Lo malo del Liceo fue cuando a todos los Institutos de Policía nos sacaron el uniforme. Con la intervención se “desmilitarizó” la cosa. Nos sacaron el uniforme y las jerarquías de cadetes que se daban a los mejores promedios. Yo tendría que haber sido cabo primero cadete. También nos sacaron el sable couteaux, que es lo más representativo del estudiante del Liceo... Lo mismo me pasó cuando ingresé a la Escuela de Policía. Tampoco tuve uniforme de cadete, siempre de traje.

Luego de haber dejado atrás la Escuela Vucetich en 1999, Mateo Balsys trabajó un año sin arma, realizando trabajos administrativos.

Fue al Operativo Sol, desempeñando tareas en la Subcomisaría Casino, de Mar del Plata, y la Jefatura Departamental.

No era lo que había soñado, pero su perseverancia le permitió modificar el curso de los acontecimientos hasta ser destinado a la comisaría de Villa Madero, en La Matanza. Allí estuvo dos meses, hasta ser trasladado a Ramos Mejía, y luego a Remedios de Escalada.

En Remedios de Escalada estuve tres meses en la guardia, hasta que me entregaron el arma. Después pude pasar al servicio de calle. Y mi primera salida en patrullero fue antes de que me entregaran el arma... Con mi sueldo y en cuotas me pude comprar una pistola, una Block. Mi arma particular, pero tenía la portación, todo en regla.

El comisario me había dicho que yo era medio inconsciente para salir a la calle, pero a las dos semanas ya me había puesto en el servicio de calle.

Estando en esta comisaría me asaltaron y me robaron la Block. Fue una noche en la que salí con mi novia... Estaba llegando a mi casa y me cruzaron un auto. Eran cuatro delincuentes. Yo estaba de civil y pude poner la pistola debajo del asiento. Se llevaron el auto con la pistola adentro...

El auto apareció en una zona de villa, en Villa Diamante, una hora después. Le faltaba el estéreo, los parlantes, la rueda de auxilio y el arma. Eso fue lo que más me dolió. La reglamentaria me la había puesto en la cintura, por eso no me reconocieron.

Por suerte no tuve miedo y actué bien y tranquilo. Estaba mi novia y, de última, me robaron a mí. Y eran cuatro.

De a poquito, Mateo empezó a descubrir los secretos del denominado trabajo de calle, y las tareas de investigación no tardaron en llegar... Comenzó a sentirse realmente en lo suyo.

Salía con mi auto, un Ford Fiesta que todavía estoy pagando. A la mañana estaba como encargado de la oficina de Operaciones, y después de almorzar salía a recorrer la zona y hacer con-

signas con el Cabo Gómez. También controlábamos que los demás móviles de turno pasaran por los lugares que debían vigilar.

Teníamos bastante contacto con los vecinos, sabíamos cómo estaba el barrio, nos relacionábamos con la gente. Eso me gustaba. Trabajaba de 10 de la mañana a 10 de la noche, o más. Y los domingos hacía el servicio de cancha.

Quizás durante todo un mes no tenía franco. Iba a mi casa, dormía un rato, estaba con mi novia y volvía a trabajar. Dicen que la Policía es como una mala novia... pero sigo enamorado.

Había empezado a estudiar Derecho también, y me hacía el tiempo para cursar.

El miércoles 10 de octubre de 2001, Mateo salió como tantas veces con su compañero en el Ford Fiesta. Hacía poco que se lo habían entregado, y aunque resulte extraño el auto pudo haber tenido que ver en el episodio que le correspondió vivir y que terminó en tragedia... Los delincuentes de la zona conocían el Volkswagen Gol verde que tenía antes y, esa tarde, en el Fiesta quizás no lo reconocieron.

Andábamos por la zona marginal. Ibamos en mi auto porque los patrulleros eran utilizados para otras cosas, como el traslado de detenidos o los reconocimientos médicos. Y como queríamos recorrer la calle, igual salimos en el mío... Esto era bastante común en la comisaría.

Salí con Gómez. Yo iba manejando, de civil, pero con camperas identificatorias, chalecos antibalas y handy.

Ibamos por la zona de Villa Esperanza, por una calle que divide el lugar. De golpe, salieron dos delincuentes armados de un pasillo y nos quisieron asaltar. Cuando ya estaban cerca nos reconocieron... Pero de todas formas nos dispararon.

Aceleré y los perseguimos, mi compañero bajó y empezó el fuego cruzado. Los cacos corrieron y se metieron por los pasillos de la villa. Gómez los siguió y se metió en el lugar. Yo me quedé en la puerta del pasillo para que ninguno pudiera seguirlo y tirarle por la espalda.

Cuando me acerqué al auto para pedir apoyo, me caí. No sé de dónde me habían tirado. Me dieron en las dos piernas. Y uno, en esos momentos de adrenalina, no se da cuenta de las heridas.

Me levanté y cuando quise volver a caminar, volví a caerme. Me arrastré hasta el auto y lo gré pedir apoyo. Me quedé ahí, desangrándome, perdí litros de sangre, hasta que un vecino de la zona, un muy buen hombre, me subió al auto y me trasladó hasta el hospital.

Gómez quedó solo en la villa. Uno de los delincuentes se había descartado del arma e ingresado a una casilla, donde fue atrapado y quedó detenido. El policía utilizó las esposas para juntar un brazo suyo con uno del sujeto, tirando la llave.

Mientras, afuera un grupo de personas pugnaba por rescatar al delincuente, y gracias al aviso de Balsys pudo ordenarse un operativo policial, con decenas de patrullas y un helicóptero incluido, que permitió ubicar el lugar y rescatar al policía acorralado.

Una posterior negociación posibilitó la entrega del asaltante, quien abandonó el inmueble utilizando a su propia hija como escudo.

Cuando entré al hospital, mi desesperación era saber dónde estaba Gómez. “Me lo mataron”, pensaba yo. En esa época, él tenía 28 años y había sido padre hacía 10 días. Hacía solo dos días que había regresado de su licencia por nacimiento.

Mateo hace memoria y recuerda que al ser herido no sintió nada. Apenas notó sus piernas mojadas. Había recibido dos balazos: uno en el muslo derecho y otro a la altura de los gemelos de la pierna izquierda.

No sentía ni calor ni dolor... Era una sensación de mojado y mi única desesperación era llegar al auto para pedir ayuda.

Cuando me llevaban al hospital, me dormía. Trataba de estar despierto. Llamé por mi celular a Perla, mi novia. La había llamado unos minutos antes y apreté el redial. Le dije que fuera al hospital Evita porque estaba herido. No me creía, pero después me creyó y le avisó a mi familia.

Precisamente unos días antes el joven policía y su novia habían estado hablando sobre la posibilidad de que él fuera herido.

El lunes anterior habíamos ido a comer afuera y, hablando, le pregunté qué haría si a mí me pegaran un tiro en una pierna y me la tuvieran que cortar. Ella me dijo que no pensara en eso. Pero esa era mi fobia...

Volviendo al ataque sufrido, el detalle que llamó la atención fue que el arma con la que le dispararon no era otra que la que un año antes le habían robado justamente a Gómez... Los delincuentes fueron detenidos. Mateo los conocía, pero ya no quiere saber más de ellos.

Me hicieron una radiografía. Me dolía, estaba desesperado. No sentía mucho las piernas, me dieron analgésicos. En un helicóptero me llevaron al Churruca y allí dijeron que estaba todo bien. Pero todo se fue complicando... Pensé que la pierna izquierda iba a presentar más problemas, pero no, quedó bien. La derecha...

El orificio de salida de la bala en la pierna derecha había causado un daño importante. Y con los días, los tejidos se fueron necrosando. Mateo pasó por 12 operaciones en un mes, intervenciones en las cuales los médicos limpiaron la zona y retiraron los tejidos y músculos muertos.

Si pasaban dos días sin que me curaran, en la habitación había un olor a podrido que no se aguantaba. El pie lo tenía tibio pero morado. Hicieron todo lo posible, pero se formó un cúmulo de sangre entre el medio del vaso que va entre la tibia y el peroné y, al explotar, cortó las pocas arterias que irrigaban sangre al pie. Me tuvieron que amputar la pierna sí o sí.

Gracias a un tratamiento por el cual me envolvían la parte necrosada con la parte sana de los tejidos, me pudieron salvar la rodilla. Fue muy difícil, pero yo, dentro de mí veía que la cosa no iba bien. Ahora ya está.

Mateo debió hacerse a la idea de la amputación, y la ayuda de la psicóloga Silvia López y el cariño de su propia familia fueron fundamentales.

Estuve un mes y 10 días internado... Hasta el día de la amputación estaba todo el tiempo dormido. Me desesperaba para comer y me volvía a dormir. Tenía mucha fiebre por la infección.

Después de la amputación me cambiaron la medicación. Primero me daban un derivado de la morfina, y me fueron bajando la dosis todos los días. Me dieron muchos antibióticos, tantos que hasta me quedó la cicatriz de la sonda por donde pasaban, justo a la altura del corazón.

No tuve "miembro fantasma", que es sentir la parte amputada que te pica o te duele. Me habían dicho que podía pasar, pero no sucedió.

El 20 de noviembre Mateo fue dado de alta, y hasta que se familiarizó con el uso de las muletas se movilizó en sillas de ruedas. Siguió con el tratamiento de kinesiología y rehabilitación y, más tarde, recibió la prótesis. Hoy camina ayudado con un bastón, que en opinión de los médicos podrá dejar ni bien logre un mayor fortalecimiento.

No perdí el sentido del humor. En el hospital me subía a la silla de ruedas y le escondía el balde a la enfermera. La pobre mujer lo buscaba toda la tarde

A las 6 de la mañana me levantaba con un hambre bárbaro y me ponía a gritar “quiero la leche”. Todos se divertían conmigo y me trataban como un hijo.

Mis amigos del Liceo y la Escuela me vinieron a ver, es que habíamos formado una barra inseparable... y mi compañero, Gómez, que delante de mí parecía estar bien, en realidad estaba destruido...

Se sentía culpable porque había quedado adentro de la villa y no se había enterado que yo había sido herido. Si hubiera tenido la mínima sospecha, seguro que él hubiera dejado al delincuente con tal de socorrerme a mí.

En diciembre de 2001, la Policía de la Provincia de Buenos Aires le entregó un premio.

Una medalla no iba a recuperar mi pierna, pero estaba contento. Me demostraron que se acuerdan de mí y me lo reconocieron. Mi hermano Fabián y toda la familia estuvieron orgullosos. Yo pude volver a ponerme, con mucho sentimiento, mi uniforme para la entrega.

Los referentes policiales de Mateo son su padre y su hermano. A ellos se suma la buena gente que conoció en Policía.

El Comisario Darío Salvador Baratta, jefe de mi último destino fue muy buena persona, muy buen compañero, más compañero que jefe. Me ayudó mucho a mí y a mi familia. De vez en cuando lo voy a ver a la comisaría, pero no me quedo mucho porque hay demasiado trabajo.

El tiene muy buena relación con la gente, muy buen diálogo. Es el comisario que yo me había imaginado como ideal, un verdadero “servidor público”.

Además, con sus pares policías trabaja de igual a igual, no sentís que hay distancia por tener más jerarquía. El se acerca a los compañeros, es un ser humano como todos, un padre de familia. Quizás eso es muy importante, tan importante como el trabajo honesto que como policías debemos realizar.

Mateo reanudó sus estudios de Derecho, al igual que Fabián. Ahora, su sueño tiene que ver con el orden y la justicia, pero desde una posición diferente.

Quiero recibirme de abogado. Lo que a mí me gustaba de Policía ya pasó, es una etapa cumplida y ahora quiero hacer otra cosa. Quiero ser fiscal y luego juez. Apunto a eso y sé que lo voy a lograr. De todas formas quisiera seguir trabajando como policía ad honorem.

Fabián lo escucha y se emociona. Mateo sabe que puede contar con él y que su hermano está lleno de orgullo y admiración.

Es impresionante la experiencia que tiene Mateo, a los 21 años. Tiene una lucecita atrás que lo ilumina. Si me hubieran amputado la pierna a mí, me sentiría muy mal y cada vez peor. El tira para adelante, lo demostró en el Liceo, en la Escuela, en la comisaría, donde no conocía a nadie y se compró a todos.

Si la vida lo puso en esta posición es un motivo para recuperarse. El lo demostró, fue un excelente cadete, un excelente policía y ahora será un excelente fiscal. Más que un revés de la vida, lo que le pasó le servirá de envión para dar un salto que le permita llegar más arriba.

